

EDITADO POR
PRENSA ESPAÑOLA,
SOCIEDAD ANONIMA
M A D R I D

ABC

REDACCIÓN
ADMINISTRACION
Y TALLERES:
SERRANO, 61 - MADRID

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

HE ido midiendo,
al paso inexorable de la vida, los estragos del

tiempo en la vivencia purísima del recuerdo. Faltan, es verdad, muchos de sus mejores amigos: los Amado, los Goicoechea, los Marañón, los Meirás, los Betanzos... Faltan, también, sus oscuros correligionarios de la hora difícil, los que le dieron los votos en el 31 y en el 36 y dejaron el corazón y la vida en los Leones de Castilla, en la Universitaria, en el Ebro, para salvar a España y vengar su muerte, "que todo es uno y lo mismo—como dijo Antonio Goicoechea—porque salvar a España será vengar tu muerte, e imitar tu ejemplo será el mejor camino para salvar a España". Ancha distancia media entre aquellos funerales de los años cuarenta, con los templos desbordados y los ojos húmedos, y estos otros fríos y minoritarios, aunque siempre solenes, de nuestro tiempo actual. Decir que es ley de vida es citar el tópico en su primigenio significado de principio inmutable. El tiempo que transcurre lleva en sí la quietud de los cipreses, y con ella la vaporosa lejanía del olvido.

Pero hay algo más que todo eso, algo más que la desaparición de los amigos fieles y el desflecamiento progresivo de la memoria. Hay algo que no accede por pura omisión, por mero negativismo, inevitable y aséptico, sino que actúa en sentido literalmente positivo y aún diría que beligerante. No sólo se han ido sus amigos, no; se nos ha metido en casa, se nos está metiendo—en ocasiones por excesiva confianza; en otras, por temor; las más por indiferencia o snobismo culpables—un clima de animosidad para todo cuanto representa la sola advocación y el sólo nombre de José Calvo Sotelo. El fue la postura gallarda, la lealtad, el látigo bíblico; la intransigencia política ante los cantos de sirena de todos los ismos de la República; la hora crucial del despertar histórico de un pueblo. Y todo eso no interesa recordarlo. No ya por un propósito de conciliación histórica, sino porque las ideas a quienes él fustigó han vuelto a tomar entrada en taquilla y esperan turno a la puerta. José Calvo Sotelo simboliza muchas cosas que estorban y embarazan en esta hora de frivolidad y amnesia, y esto es más grave que la desaparición física de unos hombres leales y la orfandad de los templos.

Vivimos horas confusas, porque el enmudecimiento de las voces triunfalistas de quienes heredaron la victoria coincide con la puesta a punto de otras laringes, otra silenciosas, hoy bullidoras y parlantes, en sintonía en un principio tímida y cada vez más audible y clara. La ola de aquéllos parece ir de retirada, tanto como se agiganta y engorda la de los segundos; a veces se entrecruzan sin llegar a per-

XXXIV ANIVERSARIO

turbarse, en otras se enfrentan nítidamente, y el resultado de todo ello es de perplejidad y desorientación. Cabe formular, con toda claridad y sencillez, la pregunta de si debemos, movilizados por esa marea creciente de la apertura y la izquierda, dialogar de nuevo con los modos y postulados proscritos a partir del 1 de abril de 1939. Cuando en Vietnam, en Camboya, en Cuba, en los comicios europeos, incluso en Oriente Medio, combaten básicamente las mismas ideas que lo hicieron en España en 1936, ¿es inteligente aceptar fisuras en la línea ideológica concebida el 13 de julio, y dada a luz horas después, en el estallido tremendo del 18 de julio? Claro está que si aceptamos tales polizones a bordo, pasaremos por protagonistas; pero vale más, a mi juicio, soportar el remoquete de fanáticos o de retrógrados, que ser traidores a nuestros ojos y a los ojos que nos contemplan desde la paz de las estrellas.

Y no se trata de palabras vanas, no. Porque sólo los compañeros de viaje, los amnésicos y los ingenuos pueden desconocer que, dentro y fuera de la plaza, se movilizan y concitan, gesticulan y maniobran, los miembros de la "oposición", los resentidos, los auténticos inmovilistas—encastillados en la misma postura mental de hace treinta años—detractores permanentes del 13 y del 18 de julio. Estas fechas, que yo hoy me permito glosar con pluma deliberadamente ingenua y enteriza, no deben servir tan sólo para concretar unos emolumentos o señalar una frontera vacacional; no pueden ser mojoneros de almanaque o de guardarropía; son hitos lúcidos que definen la íntima posición de cada cual ante los problemas circundantes.

Nadie dude que al país le esperan momentos comprometidos y difíciles, y que el caudal de valores encarnado por esas fechas será la única coraza válida de la España rescatada hace un cuarto de siglo. Suponer que el oasis de orden, de

paz, de progreso que disfrutamos, en tanto el mundo se conturba y distorsio-

na en una charca de guerras y de violencia, es un don gratuito y perdurable que nunca será amenazado, representa un optimismo invidente. Lo quieran o no los señores de la "oposición", lo admitamos o no los demás españoles, siempre cicateros para el elogio de la cosa pública, en el fondo de cada cual está la convicción de que el país vive años luminosos. (Muy ciegos habríamos de ser si no aceptásemos los datos de las estadísticas, y las estadísticas, cuyo porcentaje de error es moderado, nos dicen que España es el primer país del mundo en orden social; el segundo país de Europa en índice de criminalidad; el segundo país del mundo en desarrollo turístico, y el segundo país del mundo en avance—relativo—industrial y de renta "per capita", durante los último veinte años.) Conviene recordar, sin embargo, que este renacer notorio tiene encima una espada de Damocles, a la que sólo una sólida barrera defensiva puede mellar la hoja.

Lealtad a los principios básicos, continuidad, unión: eso es el camino. Sin falsos pudores, sin amnesias frívolas, sin concesiones a la galería. Con la serenidad, la hondura y la firmeza de quienes no están dispuestos a dilapidar el capital heredado. Los de la oposición ya se ve que no tienen "complejos"; tampoco los rusos—y hacen bien—al conmemorar la revolución de 1917; ni los franceses al festejar, entre rigores caniculares y alarmantes yugulaciones de tráfico, la toma de la Bastilla... ¿Seremos tan estúpidos nosotros de avergonzarnos o inhibirnos como pazguatos al recrear las fechas que nos han traído una España mejor?

Por ello no es superfluo, sino oportuno, rememorar, a la distancia de una generación, al hombre, al estadista, al mártir, porque en el dintorno del recordatorio pueden citarse de nuevo muchas gentes que comulgan en los mismos sentimientos y que hoy, quizá, se sienten dispersas y confusas. Que no nos barran la memoria con una escoba. ¿No hay ya vencedores ni vencidos? Muy bien. ¿Se acabaron por ventura los resentimientos entre españoles? Perfecto. Pero hubo una República de partidos, que algunos añoran, y que puso en la madrugada del 13 de julio, en el cementerio del Este, el cadáver de un hombre puro que dio su vida por salvar a España. Gracias a él y a otros muchos tenemos una España nueva, con defectos sin duda, con imperfecciones acaso, pero noblemente aplicada a las disciplinas de la paz y del progreso, que no estamos dispuestos a ver reingresar en la turbamulta de ideas y rencores de los años treinta.

Luis Emilio CALVO SOTELO